

Bilbao llega a su techo de gente sin hogar

Reto. La pobreza crónica y la migración duplican en seis años el número de personas que no tienen dónde vivir. Unas 300 duermen al raso o en cajeros

EVA MOLANO



Blas aprovecha la entrada de un cajero para conciliar el sueño. REPORTAJE FOTOGRAFICO: IGNACIO PÉREZ

Son las diez de la noche de un martes y el frío aprieta en el centro de Bilbao, más bonito que nunca con sus adornos de Navidad. La gente se está marchando a casa. Quedan algunas personas de camino y las que se preparan para pasar la noche bajo los puentes o en los cajeros. Ahora se hace visible esa realidad de la que se suele apartar la vista. La oscuridad convierte en protagonistas de las calles a las personas sin hogar y a sus profundas heridas de abandono y soledad. Se estima que el número de ciudadanos obligados a dormir a la intemperie o en albergues y otros recursos ha alcanzado su techo en Bilbao, una de las ciudades con mayor calidad de vida de Europa. El Ayuntamiento y el Gobierno vasco están ofreciendo un récord histórico de recursos y de plazas en dispositivos de urgencia permanentes y

habilitados por la pandemia, pero colectivos sociales como Cáritas, Bizitegi y el propio Consistorio reconocen que no hay capacidad para acoger a todo el mundo que lo requiere. El sistema está saturado y hay una falta crónica de camas que va a ir a más si otras instituciones no se implican. La gente sin hogar se ha duplicado en seis años en Bilbao, según el estudio sobre la situación de las personas en exclusión residencial grave que realizó el Centro de Documentación sobre Servicios Sociales y Política Social, SIIS, que se basa en el recuento realizado el año pasado en una veintena de municipios vascos durante el confinamiento, cuando todas estas personas fueron acogidas. El censo fue un sopapo de realidad y sacó a la luz que había muchas más personas en esta situación de lo que se creía. La capital vizcaína estaba dando co-

bijo a 694 de las 1.468 que se localizaron en toda la provincia. En 2014, el mismo recuento contabilizó 328 en albergues y en las calles de Bilbao.

En la actualidad, el número de personas en exclusión residencial supera el del año pasado, se-

LA POBREZA INVISIBLE

«Es más fácil que alguien ofrezca un sofá a una mujer»

La pobreza tiene rostro de mujer, pero son minoría en las estadísticas de exclusión residencial: 9 de cada 100. Muchas soportan maltrato, violaciones o se emparejan para no terminar en la calle, donde sufren un doble desprecio social. O

gún los colectivos sociales, aunque muchos pernoctan en dispositivos públicos. En noviembre, 206 dormían en los cuatro albergues municipales o conveniados (SMAN de Uribitarte, Elejabarri, Hontza y Lagun Artean). Aparte, los equipos de calle del Ayunta-

duermen de prestado. «Es más fácil que alguien ofrezca un sofá a una mujer», aunque después la oferta tenga «letra pequeña», explican desde Bizitegi. En la calle, muchas se emparejan por pura supervivencia. «Es mejor que te viole uno a que te violen todos», ha llegado a escuchar Unai Lizarraga. El albergue Elejabarri cada vez cuenta con más plazas para mujeres.

miento, de la Asociación Bizitegi, los que mejor conocen la realidad de las calles de la ciudad, detectaron a 248 al raso o en cajeros, aunque creen que unos 300 pasaban la noche a la intemperie por elección, —que también los hay— o por falta de plazas. Otro gran número (290 en enero) seguían un itinerario formativo y vivían en alojamientos de media y larga estancia gracias a los programas extraordinarios puestos en marcha desde la pandemia por diez entidades sociales y cofinanciados por el Ayuntamiento y el Ejecutivo autonómico.

La demanda es tan alta que es difícil cubrirla aunque se dupliquen las camas, según las asociaciones. El Ayuntamiento amplió desde el 1 de diciembre el número de plazas estables en 150: ahora hay 356 para todo el año en once emplazamientos. Por ejemplo, se ha habilitado el albergue

RADIOGRAFÍA DE LAS PERSONAS SIN HOGAR EN BILBAO

694

personas, según el recuento bianual de 2020. En 2014 ascenderían a 328.

75%

son extranjeros. Entre ellos, el 70% son del Magreb, un 9% de América y el 8% europeos.

40%

de las personas sin hogar en Bilbao tenía entre 18 y 29 años. El 30%, más de 45.

300

personas viven en la calle, pese a que la oferta de plazas en albergues es mayor que nunca.



Vasile duerme bajo el puente Zubizuri desde febrero.



En los comedores sociales se ofrecen 800 menús al día.

LAS CLAVES

Juan Ibarretxe
Edil de Acción Social

«Somos los que más recursos invertimos en plazas de alojamiento, pero solos no podemos dar una respuesta adecuada»

DIFERENTES PERFILES

«Muchos proceden del sistema de protección de menores de otras comunidades y les dicen que vengan a Bilbao»

Montaño, del que se ocupa Cruz Roja. El número es mayor porque las organizaciones sin ánimo de lucro ofrecen más financiadas por entidades privadas, por ejemplo.

Pero siguen siendo insuficientes, pues en el incremento del número de personas en exclusión residencial en Bilbao influyen dos cosas. Primero, que la capital vizcaína ofrece la mayoría de plazas de acogida nocturna del territorio —sólo Barakaldo cuenta con un albergue municipal, según las entidades sociales— y del presupuesto para atender a personas sin hogar, según explica el concejal de Acción Social, Juan Ibarretxe. Los comedores ofrecen 800 menús al día, también para personas que viven en pensiones o sin derecho a cocina o sin dinero para comer. Todo eso produce un «efecto llamada» de la gente que lo está pasando mal en otros

municipios de Bizkaia, donde apenas hay recursos pese a que están obligados a prestarlos por la Ley cartera de servicios sociales. Les derivan a Bilbao. «Si otros ayuntamientos cumplieran, el sistema de atención no estaría tan saturado y no habría 200 personas en lista de espera para un alojamiento», explica Gemma Orbe, educadora social y responsable del área de Personas Sin Hogar de Cáritas.

La ciudad, en segundo lugar, tiene fama de ser un lugar próspero en el que hay trabajo y en el que se ayuda a la gente, así que se ha convertido en el destino de ciudadanos que llegan directamente desde Marruecos, Polonia o Rumanía que empiezan o acaban en la calle. Y de los conocidos como JENAS, jóvenes extranjeros que a los 18 años son expulsados del sistema de protección de menores. «Muchos proceden

de otras comunidades y les dicen que vengan a Bilbao, a donde llegan con la expectativa de alojamiento», asegura Ibarretxe. Así que el perfil tradicional de la persona sin hogar, el de un nacional de más de 45 años con problemas de consumos y trastornos psiquiátricos, ha cambiado de forma radical. Ahora, éstos son la minoría. Cada vez hay más jóvenes (el 40% tienen menos de 30 años). Y 75 de cada cien son extranjeros, sobre todo de origen magrebí, aunque también latinoamericanos y europeos.

«El Ayuntamiento ha hecho un esfuerzo muy importante, pero sigue habiendo mucha gente en la calle porque todos los días llegan nuevas personas en precario», dice Amaia Porres desde el albergue Lagun Artean de Deusto, que cuenta con 32 plazas en las que el año pasado se cobijaron 400 personas distintas. Cuan-

do bajan las temperaturas, durante las olas de frío, los equipos de calle y la Policía Municipal ofrecen plazas en albergues, pensiones o incluso hoteles a todas las personas que duermen en la calle. Ahí sí se acoge a todo el mundo. El resto del tiempo es «imposible, porque solos no podemos dar una respuesta adecuada a todos», reitera el concejal Ibarretxe.

Necesidades distintas

Unai Lizarraga, coordinador de los equipos de intervención de calle de la Asociación Bizitegi, aboga además por ofrecer respuestas distintas a las realidades que conviven en las calles de Bilbao para no mermar la efectividad de la intervención social. «Aunque abran más plazas, nunca serán suficientes porque en Bilbao no se puede arreglar lo que pasa en otros países. La migración debe abordarse a nivel de

país por el Gobierno vasco o por el estatal y dejar a los ayuntamientos y a la Diputación ocuparse de la gente en exclusión crónica, de la que tiene problemas de salud o de consumos...», opina.

Ahora, la realidad es que todos comparten los mismos albergues y comedores, aunque unos están en la calle porque llegan para empezar una nueva vida y otros porque la suya se desestructuró o están deteriorados por consumo de sustancias o enfermedades psiquiátricas. Los primeros necesitan formación y ayuda para regularizar su situación. Los segundos, intervenciones en integración social, atención médica, ingresos en residencias o en otros recursos... El resultado es que «muchos chavales que comienzan a buscarse la vida en las calles terminan entrando en la rueda de los consumos y trastornos mentales» dice Orbe.

Comida para todos pero tres meses de espera para acceder a albergues

Los recién llegados deben demostrar al menos 90 días de arraigo en la ciudad para acceder al alojamiento

E. M.

BILBAO. Cuando alguien llega o se queda en la calle, debe primero tocar la puerta del SMUS, el servicio municipal de urgencia social, en el número 11 de la calle Urbitarte. Allí valoran la situación de la persona: a todos les dan un vale para comprar ropa en las tiendas Kooperera y una tarjeta para acceder a alguno de los cuatro comedores sociales de la ciudad. Aun así, el Ayuntamiento no ofrece plaza en un albergue a todos. Hay una suerte de «filtro». Deben demostrar arraigo en Bilbao de al menos tres meses —por ejemplo, con la tarjeta comedor— para poder acceder a una, motivo por el cual muchos no tienen más remedio que dormir en la calle hasta que entran al circuito. También acceden a un empadronamiento social: en el albergue de Elejabarri hay unas 600 personas cen-

sadas para que puedan obtener, en cierto plazo, alguna ayuda que les facilite las cosas. La estancia se «receta» para entre 3 y 7 días, aunque puede prorrogarse. «No hay plazas para todos, así que al final se la dan al que más jodido está», explica el coordinador de los equipos de calle de Bizitegi, Unai Lizarraga.

La reinserción tampoco es fácil. La sociedad les culpa de su situación, de ser pobres, de estar solos, de ser enfermos de la droga. «Si les ofrezco una habitación en un piso van corriendo, pero no las hay», dice Orbe. «Hay una gran dificultad para alquilar pisos, nadie quiere si eres extranjero, tienes determinado aspecto...», apunta Lizarraga. Aun así, hay gente que sale de la calle. Pero cobrar una «pensión o la RGI y visitar a un psiquiatra es lo más fácil; que te vuelva a hablar tu familia, no». Y a veces el sufrimiento que provoca la soledad es tan fuerte «que la lucidez no puede vivir» y les empuja de nuevo a los consumos, a perder los ingresos... Hay gente que lleva 20 años sin salir de la rueda de la calle, los albergues y los pisos de inserción.

El infierno de la indiferencia

Vecinos invisibles. Duermen en cajeros, bajo los puentes, entre cartones, en chabolas o en lonjas prestadas. Esta es su historia

EVA MOLANO



María duerme en una lonja.



Catalin se busca la vida vendiendo chatarra. REPORTAJE FOTOGRÁFICO: IGNACIO PÉREZ

Vinieron al mundo en desventaja. Terminaron en la calle por culpa de la mala suerte, de las malas decisiones o de las dos cosas. Hace más o menos tiempo, cayeron al vacío y ahora viven el infierno de la indiferencia. La mayoría, con la sensación de que no importan. De que la vida solo les ha dado dolor. Esta es la historia de algunas de las personas que duermen en cajeros, bajo los puentes, entre cartones o en lonjas prestadas en Bilbao.

Blas Sánchez Santurtzi
«Llevo en la calle desde los 14 y enganchado desde 1986»

Blas Sánchez mendiga con una caja de madera en la Gran Vía. Duerme en el cajero que hace esquina, pero fuera, porque no quiere estorbar a los clientes. Nació hace 52 años en una familia numerosa en Mamariga, en Santurtzi. Su madre pasó por 14 partos, pero él no llegó a conocer a cinco de sus hermanos. Su padre, ya fallecido, trabajaba en la central de Lemoiz, pero enfermó de cáncer y le prejubilaron. Cuando tenía 14 años, decidieron irse a Jaén, su tierra natal. Él se negó. Se quedó buscándose la vida en la calle. Ahí comenzó el descenso a los infiernos. La droga regaba en abundancia las zonas obreras de

Bizkaia. Él consume heroína desde 1986, cuando «no había tanta información». Y se infectó de VIH cuando tenía 16. «Me lo pegó una mujer, una niña de papá de Las Arenas que me sacaba diez años». Después, se alistó en la Legión y permaneció allí un lustro, llegando a estar destinado en Bosnia durante un año y medio, pero abandonó la misión. De nuevo en la calle, conoció en Las Cortes a su chica: una joven de Sestao que ahora tiene 42 años. Pero estaba muy enganchado a la heroína y a la cocaína y fue arrestado por una sucesión de robos con fuerza.

Entre los años 2000 y 2018 solo tuvo unos pocos años de libertad. De regreso a Bilbao, consiguió tramitar la RGI y un alquiler en Otxarkoaga junto a un amigo, donde pasó el confinamiento, pero lo dejó. Ha estado tres meses en el albergue de Urribiarte, pero reniega de los extranjeros con los que lo compartió y de las «imposiciones». Además, dice que le robaron todo y que se siente más libre al raso, pero enfermó de cáncer y le prejubilaron. Cuando tenía 14 años, decidieron irse a Jaén, su tierra natal. Él se negó. Se quedó buscándose la vida en la calle. Ahí comenzó el descenso a los infiernos. La droga regaba en abundancia las zonas obreras de

Blas asegura tener una buena relación con su familia. Pero no quiere ser una molestia. Se arrepiente de «no haber pasado más

tiempo con mis sobrinos: tengo 50». De nada más. «A lo hecho, sacado». De momento nunca se ha planteado desengancharse. «No bebo alcohol y la heroína es el único vicio que tengo. Dejé la aguja y ahora la fumo». Aunque «lo que venden en Bilbao no es droga. Es mierda. Tiene de todo menos pureza». Por las mañanas, suele ir a tomar un café a la 'comi' (la comisión antisida), donde se ducha. Los vecinos de la Gran Vía, asegura, le conocen de siempre. «Pero creen que somos escoria».

Vasile Stuleanec Rumanía
«Tengo diez años cotizados pero no encuentro trabajo»

Vasile Stuleanec tiene 37 años y ha convertido uno de los estribos del puente Zubizuri en su hogar. Está atrapado en esa zona, porque si abandona durante mucho tiempo su enseres, se los quitan. Vivía en Timișoara, donde su padre tenía una casa con terreno y algunos animales.

Llegó a las 22 años a España y tiene diez años cotizados. Se empleó en una finca y en el monte, en tareas forestales, aunque también en la construcción. Ha trabajado en Elgoibar, Eibar, Ermua o Amorebieta. También en Pamplona, donde conoció a una chica. Allí fue autónomo, pero cuando el trabajo se acabó, no

fue capaz de darse de baja, así que las cuotas se le están convirtiendo en deudas y aunque trata por todos los medios de darse de baja, le resulta imposible tramitarlo todo por internet sin ayuda.

Lleva en la calle desde el 5 de febrero y vive cada día de lo que le echan en la sartén que usa de cesto. Carga su móvil en los bares, donde le dejan. Es el único objeto de valor del que dispone ahora. El día de la entrevista había comparecido en el juzgado, porque denunció una agresión por parte de otra persona sin hogar de origen marroquí. «Vino a pedirme dinero y cerveza, pero como no tenía me pegó con la sartén en la cabeza». Por eso rechaza dormir en los albergues. Evita los conflictos. Sueña con encontrar trabajo, vivir en un piso. Lo que no quiere, por nada del mundo, es que su familia conozca su actual situación. «Me matarían».

Abdelali El Ouazzani Marruecos
«Era o irse de Marruecos o morir de hambre»

La vida en Castillejos, la ciudad alauí más cercana a Ceuta, se hizo más miserable por la crisis del coronavirus. El comercio es el motor de esta población y la mayor parte de los habitantes cruzaban la frontera cada día

para trabajar como porteadores, empleadas domésticas, camareros o dependientes. El cierre les condenó a la escasez. Al «hambre». Abdelali El Ouazzani, de 49 años, llevaba tiempo queriendo llegar a Europa. En su país trabajaba de mecánico, «pero mi jefe me pagaba diez euros a la semana. ¿Qué haces con diez euros a la semana?».

La epidemia fue la gota que colmó el vaso. Cruzó a nado la frontera hasta Ceuta. La Policía les selló su solicitud de asilo hasta marzo. Salió en barco hasta Algeciras y después tomó un autobús directo a Bilbao el 25 de septiembre. Ahora ha perdido la cuenta de los días que lleva durmiendo entre cartones en las galerías Isalo de Indautxu, que comparte con otras personas sin hogar. «Nos habían dicho que aquí había posibilidad de ir a la escuela, de trabajo...». Nada más llegar, les dieron la tarjeta del comedor y ropa. Pero de momento no hay plaza en ningún albergue para ellos. «Hemos llamado muchas veces pero siempre nos dicen que esperemos, que está ocupado». No oculta su desilusión. «Vamos al comedor, pero nadie nos está ayudando en nada más», se lamenta. Por las noches, algún camarero de un restaurante cercano les lleva comida. Duerme muy cerca de Abdela-



Valeriu Vladaia, de 71 años, está empadronado en el albergue Elejabarri.

ziz El Blaoui, de 38 años, de la misma ciudad.

Catalin Dragan Rumanía
«No sé leer ni escribir, mi futuro está en manos de Dios»

Catalin Dragan habla castellano perfectamente, aunque no sabe leer ni escribir. «O estudio o me busco la vida», explica. Nunca podrá llegar a entender un contrato, pero «deja en las manos de Dios» su futuro porque cree que «todos tenemos una misión» y que él ha llegado este mundo «a dar, no a recibir. He tenido muy mala suerte». El joven, que nació en 1999, fue adoptado por una familia muy pobre que residía en Cara Severino, en la zona sudoccidental de Rumanía después de que su madre muriera cuando él era un

bebé. Llegó a Bilbao en 2016 porque le decían que aquí encontraría trabajo. No fue así. Recorrió España como temporero, por ejemplo recogiendo naranjas y limones en la huerta murciana o aceitunas en Jaén, y como obrero de la construcción. Vivió durante dos años en Lleida porque un hombre le dio techo y trabajo. Cuando se jubiló, volvió a Rumanía durante tres meses y después regresó a Bilbao con el dinero justo para el autobús. La pandemia acababa de comenzar.

No sabe nada de su familia desde entonces, ya que tuvo que vender su teléfono móvil para comer. La Policía le interceptó cerca de La Peña. Le llevaron al albergue de Altamira. «Me dijeron que no se podía estar en la

calle. Hasta entonces nadie me había llevado a dormir a ningún lado, ni preguntado si tenía hambre». Pero se marchó poco antes de que terminara el confinamiento. «Solo podías estar tumbado o comiendo, nada más. Así que no pude aguantarlo y un chico me dejó el sitio en el que estoy durmiendo ahora», una chabola en el monte, cerca de La Peña. Catalin se gana la vida reciclando chatarra. Si hay suerte se saca 10 o 15 euros al día. Con eso compra la comida. Por las noches, visita el centro Hontza de Cáritas para ducharse y tomar un café. Le encantaría trabajar con animales. «Para mí son mejores que las personas. Si cuidas a un animal, te cuidas a ti mismo».



Abdelali llegó a Bilbao el 25 de septiembre.

María Victoria Gaviria Colombia
«Cuando busco trabajo me piden servicios adicionales»

Las mujeres sin hogar son invisibles por partida doble. Muchas «aguantan situaciones de abuso, de maltrato, de explotación laboral» para no terminar durmiendo en la calle, donde son más vulnerables a robos y a agresiones de todo tipo. María Victoria Gaviria ha escogido un nombre ficticio para contar su historia.

Pasa las noches en una lonja que le prestan en el centro de la ciudad, donde también se ducha en pocos minutos antes del amanecer. Después, no puede regresar hasta bien entrada la noche. El resto del tiempo está en la calle. Es una de las cuatro mujeres que acude cada día al comedor social de Cáritas. Tiene 49 años, es enfermera de profesión, aunque nunca ejerció mucho tiempo, y abandonó Colombia en marzo de 2019 huyendo de su marido, el hombre que la maltrataba, con quien sigue casada. Ello le impide, asegura, acceder a ayudas sociales, aunque está empadronada en casa de una compañera de Ongi Etorri Erretxiatuak.

Llegó directa a Bilbao, donde ya habían residido su hermana y su madre. Primero trabajó para una familia colombiana como interna, cuidando a los tres ni-

ños y haciendo las tareas del hogar. Ganaba 400 euros al mes. A los dos meses y medio se fue a Madrid buscando mejor suerte, y localizó entonces una oferta de empleo en Granada. «El hombre tenía el brazo arañado por que había intentado coger a la brava a la anterior. Al tercer día me intentó acosar. Y a amenazarme, a decirme que me iba a acostar con él por las buenas o por las malas». En Madrid volvió a sufrir un episodio similar, aunque asegura que casi todas las mujeres inmigrantes padecen el mismo acoso perpetuo.

De vuelta en Bilbao, trabajó como interna durante la pandemia, pero perdió la oportunidad de regularizar su situación porque no le hicieron contrato. Últimamente busca trabajo en los parques, ofreciéndose a la gente que pasea, y poniendo carteles en paredes y farolas.

«A veces se alejan de ti como si fueras unaapestada y les fueras a robar. Otros me llaman y me dicen que necesitan ayuda en casa, pero también servicios adicionales. Que las que no logramos trabajo tenemos que prostituirnos. Yo no vine a eso». María Victoria no tiene cita en Extranjería hasta febrero para regularizar su situación. «Es toda una carrera de obstáculos que te obliga a seguir trabajando en negro».